

Martes XXXII del TO
Ciclo A



14 de noviembre de 2023

Sab 2,23-3,9

Sal 33

Lc 17, 7-10

P. Eduardo Suanzes, msps

El evangelio de hoy, de entrada, resulta un tanto extraño para nuestra mentalidad que se subleva, y con razón, frente a cualquier tipo de dominación. Porque Jesús está hablando de un **siervo** al que su amo no le deja ni siquiera comer después de la dura faena sino hasta después de haber servido a su **amo**. Por eso, necesitamos situar esas palabras en su contexto y adentrarnos en su significado más profundo¹.

El contexto pudiera ser la polémica con los fariseos y su religiosidad basada en el mérito y la recompensa, tal como se pone de relieve en tantas parábolas evangélicas, particularmente en aquella de *los trabajadores de la viña*².

Frente a ese tipo de religiosidad de quien se cree con derechos ante Dios como consecuencia de los méritos obtenidos por el *cumplimiento* de la norma, Jesús presenta a Dios como Gracia sin medida que se desborda, empezando por los últimos, aquellos que no son tenidos en cuenta e incluso considerados como "pecadores". Las llamadas *parábolas de la misericordia*, la de la oveja perdida, la de la moneda perdida, que hemos visto hace un par de días, junto con la del hijo pródigo, son testimonios magníficos del radical cambio de perspectiva que presenta Jesús.

Pero, aun así, sigue sonando extraña a nuestros oídos modernos la afirmación de quien, habiendo cumplido todo lo mandado, se considera como un *siervo inútil*.

La "extrañeza", y nuestra resistencia, se debe al hecho de que leemos esa frase desde la perspectiva del falso y viejo yo, que no se resigna a sentirse "devaluado" en su imagen ni en su acción. Desde ese ángulo, desde nuestro viejo yo egoísta y centralizado en sí mismo, la actitud que se pide al servidor es vista como alienación, y por eso se rechaza.

Pero la lectura adecuada requiere situarse en otro lugar, desde el que se modifica radicalmente la percepción incluso de la propia identidad. Nuestro viejo yo egoísta es una monumental farsa que hemos creado desde la más tierna infancia y que se ha adueñado de nuestra existencia por instinto de supervivencia. En síntesis, podría expresarse de este modo: no existe ningún "yo" que sería sujeto de nada; tal yo es únicamente una ficción mental: es un caparazón que está sobre nuestra conciencia como un conjunto de programas, que nos hemos puesto encima para sobrevivir frente a los demás y el mundo hostil. Lo que realmente existe es nuestro verdadero yo, que es imagen de Dios, y la

¹ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *Fe y gratuidad*. En www.feadulta.com

² Mt 20,1-16

santidad consiste en dejarlo salir a flote. El santo es la persona que actúa y vive desde su verdadero yo. Nuestra auténtica identidad es Cristo Jesús, por eso es que Pablo puede decir: «*ya no vivo yo es Cristo quien vive en mí*»³ No existe, pues, sino nuestro verdadero yo, que actúa a través de todas las formas, que no son sino cauces o canales, caños, como diría Concepción Cabrera de Armida, por los que fluye:

«He tenido, sin embargo, una luz, con la cual he visto como el Señor me ha escogido para caño, por donde pase su santísima voluntad, por ser la más pobre de las criaturas y para que se vea claro su poder y brille más su gloria: pues es como si yo pusiera una piedra sobre un popote⁴, que si yo no la sostuviera, el popote se quebraría»⁵.

En esta visión, todo se clarifica: carece de sentido que un caño se atribuya o se apropie la acción que, simplemente, pasa a través de él. Si tuviéramos que expresarlo de algún modo, el caño únicamente podría decir: «soy un siervo inútil». Es lo que en otras partes se ha llamado como *la espiritualidad de la instrumentalidad*

Leída así, la pequeña parábola de Jesús contiene una profunda sabiduría, por cuanto nos revela la trampa de identificarnos con el viejo yo –siempre apropiador- y nos conduce hacia nuestro verdadero rostro, que es el de Jesús.

Desde esta lectura se comprende también que la gratuidad sea uno de los ejes centrales del evangelio. Todo es gracia. *Nadie* hace nada, todo fluye, porque todo se regala.

Como diría Pablo, « *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué presumes como si no lo hubieras recibido?*»⁶.

Jesús es un hombre de su tiempo y comparte con el pueblo judío el enorme respeto que se tiene a Dios, que es el Señor de los cielos y la tierra, dueño y soberano de los hombres. Él es el señor y el ser humano el siervo. Sin embargo, hemos de tener claro que «el respeto a Dios como Señor absoluto es un elemento esencial del evangelio, pero no es su centro»⁷. En el centro del mensaje de Jesús encontramos la confianza total y absoluta en Dios Padre. Es significativo el observar que en todas las oraciones que han llegado hasta nosotros, a excepción del grito de la cruz que es una cita del Salmo 22, 2⁸, Jesús se dirige a Dios llamándole Padre. Jesús acostumbraba a llamar a Dios *Abba*⁹.

³ Gal 2,20

⁴ En México se llama *popote* al tubo fino de papel, caña o plástico que se emplea para sorber líquidos; *la pajita* en España

⁵ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia* 11, 163; 3 de julio de 1899

⁶ 1 Cor 4,7

⁷ JOACHIM JEREMÍAS. *Teología del Nuevo Testamento*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1974

⁸ «Dios míos, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

⁹ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*. Ed. Idatz. San Sebastián, 1985